



## El paso de armas de Beltrán de la Cueva.

---

### I

¡Espléndida cabalgata!  
¡Caballeresco tropel!  
La Reina viene montada,  
y el Rey, la brida dorada  
asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas  
las cortesanas más bellas,  
y á su vez los caballeros  
sirven de palafreneros  
á los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen  
sobre esclavos orientales;  
los pajes detrás se tienen,  
y el orden, al fin, mantienen  
mil arcabuceros Reales.

Todo es luego en derredor  
y detrás, pueblo y tumulto;  
en el centro va el valor,  
y en la fiesta, mal oculto,  
el orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan  
las cotas hechas pedazos;  
orgullosos todos van,  
y el amor probando están  
las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes  
asidos á las cimeras  
de los ufanos jinetes,  
y usurpan tocas ligeras  
el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas  
y de rojas banderolas,  
flotan en suelto equipaje

los velos blancos de encaje  
de las damas españolas.

Y de las sillas de guerra  
forradas de limpio acero,  
hasta tocar con la tierra,  
cuelga, el que de amor encierra  
misterios, cendal ligero.

No aprisionan los corceles  
guanteletes ni escarcelas,  
sí terciopelos y pieles,  
y ellos van libres y fieles  
sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,  
aunque no siendo mejores,  
tras el Rey van altaneros,  
pacíficos caballeros,  
los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando  
las atenciones Reales,  
en rico y vistoso bando,  
sobre mulas van pasando  
obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,  
todo es oro cuanto brilla,  
y osténtanse allí á la vez  
los hidalgos de más prez  
de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas  
de ambos reinos acudieron,  
y, descuidando sus danzas,  
osados en esperanzas,  
diz que hasta moros vinieron.

Que, para ostentar valor,  
cualesquiera liza es buena;  
y el moro batallador



sabe siempre que es mejor lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran sin máscaras las hermosas; sus alientos se respiran, y á sus miradas aspiran las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros sobre sus negros corceles diez árabes caballeros, silenciosos y severos, envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto, la negra barba crecida, el corcel, de oro cubierto, todo muestra la atrevida generación del desierto.

Y aunque cuanto audaz, cortés, culta en usos y lenguaje, siempre se alcanza á través de su magnífico arnés algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla Rey, pueblo y embajadores, y al son del clarín que estalla, van á ofrecer la batalla al Rey los mantenedores.

Llegó á sus pies don Beltrán, y díjole audaz: «Señor, aquí mis nobles están, que sus lanzas medirán con vuestra lanza mejor.

»Y pues por encarecellos vuestra Real esplendidez, fiestas quiso concedellos, para no ser menos que ellos, he aquí campo á nuestra vez.

»Como tan buenos vasallos, de las damas requerimos las bridas de los caballos; y pues á aquesto venimos, ó combatir ó soltallos.»

Y echando el guante en la arena, brida volviendo á su gente, el campo en torno resuena con largo aplauso, que llena cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el Rey; y los vientos, rasgando los atabales, fueron ocupando atentos,

la multitud sus asientos, y los Reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores á un lado, y á otro los jueces, al son de los atambores, á los nuevos lidiadores requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza hasta cuarenta jinetes, y en su línea movediza el aura estremece y riza, crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno impacientes los bridones, henchir queriendo su seno con los belicosos sonos de que el aire tragan lleno.

Entonces, desde una tienda de los que el campo mantienen, al lugar de la contienda un caballo por la rienda dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar, al Rey le ofrecen corteses; advirtiéndole á la par, que mejor no le ha de hallar ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores el sol de la liza igual, y al son de los atambores, retados y retadores aguardaron la señal.

## II

Con la visera cala la y los lanzones en ristre, los broqueles ante el pecho, sobre los estribos firmes, cerráronse á toda brida los lidiadores insignes, los unos contra los otros, á la voz de los clarines. Todo fué polvo un instante; no se oye ni se distingue más que el son que los aceros en fiero compás despiden. En honda y ansiosa duda, en angustia indefinible,

almas con ojos esperan á que el polvo se disipe. Es en vano que las damas al turbio palenque miren; todo entre el espeso polvo está en el campo invisible. En vano sobre su escaño se levanta don Enrique; el polvo oculta á sus ojos los que vencen ó se rinden. Se oye que abajo en la liza la recia contienda sigue, porque los gritos no cesan y los golpes se perciben. Unos gritan: «¡Flandes! ¡Nadie!» «¡Al Rey, al Rey!», otros dicen; y las lanzadas se doblan y los tajos se repiten. Ayes, lamentos, insultos, maldiciones, lelilies, relinchos y cuchilladas, todo á un tiempo se concibe; todo en tumulto espantable, todo en confusión horrible. Todos los gritos se mezclan, y á gran pena se distinguen los de: «¡Cierra!» «¡Hierel!» «¡A ellos!» «¡Alá!» «¡Flandes!» «¡Don Enrique!»; creyéndose al mismo tiempo, por los «cierra» y los lelies, que flamencos y cristianos contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso con las ráfagas sutiles, descubriendo la vergüenza de los que la arena miden. Pocos pudieron bizarros, al encuentro resistirse; su mismo impulso fué causa del azar que les aflige. Quedaron de entrambas partes tan sólo trece que lidien, son los seis mantenedores, los otros siete del Príncipe. De ellos hasta tres son moros que á los del Rey bien asisten, con los alfanjes sangrientos y los palafrenes libres. Donde una espada se rompe, donde un yelmo se divide,

doquier que un palmo se pierde ó un caballo se reprime, allí la lanza de un moro, allí un alfanje invisible, hiere, acosa, rompe, vence, antes que se le adivine. Algunos de entrambos bandos que levantarse consiguen, con los pomos y los puños en el combate persisten. Dan, cian, avanzan, vuelven, y ligeros como tigres, soltando el inútil hierro, con los brazos se reciben. Se abrazan y se sacuden, y se cruzan y se oprimen, quedando un momento inmóviles en duda de si respiren. Y al fin de afanosa lucha, sin vencer y sin rendirse, ruedan abrazados ambos, y cuartel ninguno pide. Perdidos entre el tumulto, tal vez aún se distinguen sus desesperados esfuerzos, sus convulsiones horribles, hasta que el tropel sangriento de los jinetes que viven, los envuelve enteramente, los separa ó los persigue.

Tocó el sol en Occidente; y á la voz de don Enrique, pajes entran en la liza, que los heridos retiren. Despejado un poco el campo, la liza de estorbos libre, quedaron lidiando siete, sobre los estribos firmes, don Beltrán con el de Flandes y un flamenco que le sigue, con un hacha á cuyos filos mal los broqueles resisten. Lidian por el Rey valientes, los ventajados en lides, el Marqués de Santillana, que negra armadura viste; don Juan Pacheco, que el mando lleva á medias con el Príncipe, y el buen Conde de Treviño, del solar de los Manriques.



Con ellos guerrea un moro,  
de cuya opulenta estirpe  
dan testimonio y no escaso  
el negro corcel que rige,  
el corvo alfanje que empuña  
y el arnés con que se ciñe.  
Mas todo está deslucido,  
sin que oro ni acero brillen,  
que todo en polvo y en sangre  
á puro lidiar se tiñe.  
Don Beltrán, rota una brida,  
con esfuerzos increíbles,  
contra el moro y Santillana  
ve su salvación difícil.  
Las damas le vitorean  
mostrando bien cuánto es triste  
que caballero tan bravo  
con tal desventaja lidie.  
Los jueces están inquietos,  
é indeciso don Enrique,  
duda si el bastón de mando  
á tiempo en la arena tire.  
Mas antes que esto suceda,  
se oyó pujante y terrible  
el grito con que el flamenco,  
«¡Flandes y Nadie!» repite.  
Y revolviendo el caballo,  
con ímpetu se dirige  
hacia el noble Santillana,  
que el campo á su empuje mide.  
Entonces, al de Treviño  
volviendo, «¡Aquí Flandes!», dice;  
y alzándose en los estribos,  
de entrambas manos se sirve.  
Cayó del caballo el Conde;  
y volviendo el que le rinde  
al soldado que le ayuda,  
le manda que se retire.  
Quedaron, pues, dos á dos,  
cuatro valientes que piden  
una corona los cuatro,  
para los cuatro difícil.  
Y bien merecen que en ellos  
su honor sus partidos cifren,  
porque no hay mejores brazos  
para que le depositen.  
Pacheco y Beltrán cayeron;  
Pacheco, asido á las crines,  
debajo está del caballo,  
incapaz de desasirse.

Vino don Beltrán sobre él;  
mas los jueces que presiden,  
dan por vencido á Pacheco,  
y escuderos le permiten.  
Mientras, agotando esfuerzos  
que parecen imposibles,  
el árabe y el de Flandes  
la lucha tenaces siguen.  
Grita el flamenco: «¡Aquí Flandes!»,  
y el árabe, á cada quite  
entra y sale huyendo y dando,  
siempre en duda y siempre libre.  
En vano el flamenco acude  
á cuanta fuerza le asiste;  
el moro hace que el caballo  
pase, cruce, salte y gire.  
Mas cansada su fortuna,  
á tiempo que ambos se embisten,  
al dar una huída el moro,  
hace que el caballo pise,  
tan en vago, que aunque diestro  
le levanta y le reprime,  
dobló las manos en tierra,  
tocándola con las crines.  
Esto que viera el flamenco,  
con empuje irresistible  
para adelante se viene  
sin que el moro alcance á herirle.  
Cayó el de Flandes encima,  
y aunque el caballo le oprime,  
asíó con tal fuerza al moro,  
que le acogota y le rinde.  
Tiró su bastón el Rey,  
y al son de los añafles  
mandó que por los del campo  
la victoria se publique.

## III

Mientras á los pies del Rey  
de hinojos Beltrán se pone,  
y el Rey le tiende la mano  
porque con ella se honre,  
á las puertas de la liza  
la multitud agolpóse,  
para ver la cabalgada  
cuando á palacio se torne.  
Bajaron de sus andamios  
el Rey, la Reina y la Corte,

damas, caballeros, pajes,  
obispos y embajadores.  
De manos de los donceles  
recibiendo los bridones,  
conducir de allí á las damas  
como enantes se proponen.  
Asidos brida y estribo  
porque más fáciles monten,  
por las hermosas esperan  
los caballeros mejores.  
Púsose el primero el Rey,  
y ya cortés se dispone  
á dar la mano á la Reina,  
cuando con audacia un hombre,  
cejar haciendo al caballo,  
sin respeto se la coge.  
«¿Quién se atreve?...», dijo el Rey;  
y en el rostro los colores  
tornando el gesto alterado,  
delante su vista hallóse,  
la brida asiendo, al flamenco,  
que así osado le responde:  
«Si pasáis sin combatir,  
será sin guante ni estoque,  
que he lidiado en el palenque  
bajo de estas condiciones.»  
El rey Enrique, indeciso,  
de arriba abajo miróle,  
dudando si por quien sea

se lo tolere ó se enoje;  
pero por más que á sus solas  
su pensamiento recorre,  
como él su rostro recata,  
no sabe si le conoce.  
Al fin, fingiendo respetos  
por sus derechos, cedióle,  
ya su razón otorgando,  
ya por secretas razones.  
Tendióle la mano y dijo:  
«¡Llor á los vencedores!  
Tomad lo que habéis ganado,  
que en efecto anduve torpe.  
¿Quién sois?»

—Nadie. Esa es mi empresa  
—¿Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.  
—Sois valiente, y no os atañe,  
por vida mía, ese mote.  
—Ya dije que es nombre propio,  
y no le merezco noble.  
—¿Cómo, pues?

—Porque he vendido  
mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el Rey,  
y tras cortas reflexiones,  
con sonrisa ambigua dijo:  
«Id adelante»; y siguióle.

